VIDA CRISTIANA COMO EXISTENCIA EN LA FE

(Del encuentro con Cristo, a la contemplación del misterio de Dios)

JOSE IGNACIO SARANYANA

En su visita apostólica a España, el Santo Padre incidió —con su predicación— sobre todos los sectores de la Iglesia y de la sociedad españoles, y abarcó los puntos fundamentales del Evangelio, con referencias concretas a nuestras situaciones de ahora y de aquí (cfr. Exh. 3). El conjunto de sus enseñanzas ha sido posteriormente sistematizado en el *Programa pastoral para la Iglesia de España,* redactado por la XXXVIII Asamblea de la Conferencia Episcopal (25 de julio de 1983), y desmenuzado en una serie de *Directrices pastorales* de la misma Conferencia (24 de junio de 1983).

Especial relevancia tiene, para nuestro tema, la segunda de esas directrices, destilada de al menos cuatro intervenciones papales [1], en la que se expresa con precisión cuál debe ser el primer objetivo de toda la tarea pastoral: «Acentuar, en la educación de la fe, el encuentro y la comunión con Cristo (...). La fe lleva necesariamente a la adhesión personal a Cristo, a su seguimiento y a una vida de comunión con El (...)» (Dir. 2). La importancia práctica de tal directriz es indiscutible, tanto más cuanto que en el ánimo del Pontífice estaba recordar, a todos los fieles españoles, la primacía ascética de la unión fe-Cristo, como demostraremos cumplidamente en los siguientes epígrafes. Pero además, la citada segunda directriz subraya, también en conformidad con la mente de Juan Pablo II, que el itinerario espiritual que conduce al cumplimiento

1. Cfr. *Alocución a la Adoración Nocturna Española* (Madrid, 31.10.82); *Encuentro con las religiosas de clausura* y *Homilía en Avila* (Avila, 1.11.82); y *Discurso en homenaje a San Juan de la Cruz* (Segovia, 4-11.82). A estos documentos papales nos referiremos principalmente a lo largo de nuestro estudio, que citaremos según la versión de la BAC popular (Madrid 1982). Ordenados cronológicamente, a esos cuatro discursos les corresponden los números 5, 6, 7 y 27, respectivamente.

del primer mandamiento del amor [2], pasa necesariamente, en la lucha ascética, por el trato y familiaridad sobrenaturales con Jesucristo (cfr. Lc. 10,16; Ioan. 14,9): «Desde el misterio de la Humanidad sacratísima, que es puerta, camino y luz, ha llegado Santa Teresa —comentaba el Romano Pontífice— hasta el misterio de la Santísima Trinidad» (7,6).

La fe como punto de partida; Cristo como medio del camino, es decir, El mismo el Camino; la contemplación del Misterio del Dios Trino como término del itinerario, previo a la contemplación facial, reservada para la otra vida: estas son las etapas de la vida cristiana que el Papa quiso destacar durante su estancia en España, y de ellas vamos a ocuparnos al hilo de sus discursos y mensajes apostólicos. En el itinerario hacia la salvación personal, todo comienza, como subrayó el Papa glosando a Teresa de Jesús, por buscar y encontrar a Cristo (7,6) [3], desde la fe.

Pero antes de describir esas etapas nos parece importante subrayar el sentido de esta enseñanza de Juan Pablo II. El Papa, que iba a mostrar de la manera más inequívoca a lo largo de su viaje las que podríamos llamar consecuencias *sociales* de la fe, quiso dejar perfilada —también sin el menor equívoco— la fuente única de la que mana ese torrente de vitalidad cristiana. Por eso hizo a los españoles un llamamiento a lo que la tradición ascética y espiritual llama la *vida interior,* la vida de unión con Dios, el saborear las cosas de Dios en lo profundo del alma. Juan Pablo II, que vino a España a exaltar el mensaje de Teresa de Jesús *hoy,* propuso un programa de vida a los católicos españoles que sólo es posible realizar desde la más personal relación con Dios, que nace de la fe, se desarrolla en el diálogo con Jesucristo, al que se encuentra en la oración y en la Eucaristía y que lleva —ya aquí en la tierra— a la amistad y la comunión más íntima con las divinas Personas. Me parece que esta «vuelta a las fuentes» es un decisivo

2. Está claro que el primer mandamiento del amor es inseparable del segundo, como muy bien pone de relieve la citada segunda directriz pastoral, cuyo texto completo es el siguiente: «La fe lleva necesariamente a la adhesión personal a Cristo, a su seguimiento y a una vida de comunión con El, pero también al servicio del hombre, especialmente del más necesitado, según Mt 25». Ambos mandamientos constituyen, por tanto, un sólo verso de dos dísticos. En ello está conforme toda la tradición cristiana, que ha meditado largamente las enseñanzas de las Epístolas católicas. Para una aproximación al tema, cfr. Fernando OCÁRIZ, *Amor a Dios, Amor a los hombres,* Epalsa, Madrid 1979, 4.ª ed. Todo ello supuesto, en nuestro estudio vamos a centrarnos en el primero de los dos preceptos divinos en los que se resumen toda la Ley y los Profetas (cfr. Mt. 22,40). El segundo precepto ha sido objeto de otro ensayo que se publica en este fascículo de «Scripta Theologica». No obstante, la inseparabilidad, tanto teórica como práctica, de los dos dísticos del Amor, nos exigirá, al término de nuestro análisis, decir algunas palabras sobre el amor al prójimo.

3. Este tema, como es lógico, ha sido una constante en todos los maestros de la vida espiritual. Así por ejemplo, y por citar un importante testimonio de nuestros días: «Que busques a Cristo: Que encuentres a Cristo: Que ames a Cristo.—Son tres etapas clarísimas. ¿Has intentado, por lo menos, vivir la primera?» (J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino,* n. 382).

criterio hermenéutico de todo su mensaje: sin esa unión vital con Cristo por la fe, el formidable panorama de acción que el Papa ha trazado no sería la *fides quae per caritatem operatur,* sino activismo, mera bondad humanista, en el mejor de los casos.

1. *La fe subjetiva en el camino del desasimiento*

«La fe es sola el próximo y proporcionado medio para que el alma se una con Dios (...) Y, por tanto, cuanto más fe tiene el alma, más unida está con Dios», recordó Juan Pablo II, citando unas palabras sanjuanistas tomadas de *Subida del Monte Carmelo* (27,3). No era la primera vez que el Papa Juan Pablo II prestaba atención a los pasajes sanjuanistas sobre el protagonismo de la fe habitual en el camino del cristiano. Había sido, como se recordará, objeto de su tesis doctoral en Sagrada Teología, leída en Roma poco después de la Segunda Guerra Mundial [4]. Al cabo de los años, el Romano Pontífice rememoraba sus estudios y sus largas meditaciones sobre la función de la fe en el proceso cristiano de maduración interior. Y lo hacía según un esquema prácticamente calcado de sus estudios doctorales. A saber: por la fe nos desasimos de las criaturas; el acto de fe se concentra en Jesucristo; la fe en Jesucristo nos muestra a la Trinidad.

Tríada que no olvidará el Santo Padre a lo largo de su visita apostólica a España, y que recordará de distintas maneras en varios de sus discursos.

En primer lugar, la fe conduce al desasimiento de las criaturas, y por esta senda lleva a la unión transformante a través de la noche oscura de la fe (27,3). En este contexto resultan muy aleccionadoras las consideraciones del Papa sobre el sentido exacto del «vaciamiento interior» preconizado por los dos grandes místicos españoles, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús: «Teresa reaccionó contra los libros que proponían la contemplación como un vago engolfarse en la divinidad o como un *no pensar nada,* viendo en ello un peligro de replegarse sobre uno mismo, de apartarse de Jesús, del cual nos 'vienen todos los bienes'» (7,7). Está claro que el Romano Pontífice aludía aquí veladamente a ciertas corrientes espirituales de los s. XVI y XVII, surgidas al socaire del quietismo. Nos son conocidos, en efecto, los tres principales brotes de alumbradismo (Toledo, 1519-1529; Llerena, 1570-1579; y

4. Cfr. Karol WOJTYLA, *La fe según San Juan de la Cruz,* trad. e introd. de Alvaro Huerga, BAC Madrid 1979, XXXIII + 282 pp. Del mismo autor cfr. también: *Quaestio de fide apud S. Joannem a Cruce,* en «Collectanea Theologica» 21 (1949-1950) 418-468. A propósito de esta tesis doctoral véase: José Ignacio SARANYANA, *La función de la fe en la unión transformante según San Juan de la Cruz,* en «Escritos del Vedat», 11 (1981) 463-476.

Sevilla, 1623) [5] y el resurgimiento del quietismo romano (hacia 1675) [6]. En aquellos últimos años del siglo XVII, el *Esquema Casanate,* preparado por el inquisidor romano para mejor conocer las esencias del quietismo, amonestaba a los fieles metidos en caminos de oración: «Y puesto que hemos sido salvados y liberados por la Encarnación y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, cuiden los contemplativos —Casanate se hacía eco de la inapropiada distinción entre *contemplativos* y *meditativos*— de no olvidar a propósito la vida de Nuestro Señor Jesucristo (...) y absténganse de considerarla inútil y contraria al estado de la contemplación» [7].

El vaciamiento interior, por tanto, no ha de consistir en un dejar vacías absolutamente las potencias del alma, sino en vaciarlas de todo lo que pueda ser obstáculo a la contemplación, para hacer sitio al objeto principal de la contemplación cristiana, que es la Santísima Humanidad de Cristo. A través de Ella, y ordinariamente sólo a través de Ella, se puede alcanzar místicamente el misterio de la Santísima Trinidad, que es el culmen de la Revelación neotestamentaria. Juan Pablo II traía a colación, muy a propósito, un grito de Santa Teresa: *¡apartarse de Cristo... no lo puedo sufrir!* Y comentaba a continuación: «Este grito vale también en nuestros días contra algunas técnicas de oración que no se inspiran en el Evangelio y que prácticamente tienden a prescindir de Cristo, en favor de un vacío mental que dentro del cristianismo no tiene sentido. Toda técnica de oración es válida en cuanto se inspira en Cristo y conduce a Cristo, el Camino, la Verdad y la Vida» (7,7). He aquí una seria advertencia, en efecto, del Padre común de los creyentes, sobre algunos rebrotes hodiernos del quietismo gnóstico, quizá arropados por una ingenua admiración hacia las técnicas de meditación orientales. La pura oscuridad de la fe, que obraría el vaciamiento de la inteligencia, no es en sí misma un fin de la ascesis cristiana. Sólo es un medio para alcanzar a Dios en la oración. El vacío de la fe —y, paralelamente, de la esperanza (vaciamiento de la memoria) y de la caridad (vaciamiento de la voluntad)— sólo es una disposición previa para la sobrenatural

5. Es preciso distinguir entre alumbradismo y recogimiento o, lo que es lo mismo, entre alumbrados y recogidos. Cfr. Melquíades ANDRÉS, *Nueva visión de la mística española (1500-1700)* Fundación Universitaria Española, Madrid 1976, pp. 351-370.

6. Como ha recordado Alvaro HUERGA, *Molinos, Miguel de,* en «Gran Enciclopedia Rialp» 16 (1973) 171-172, el quietismo es un episodio de carácter religioso que empalma con desviaciones místicas de antiquísimo origen. Es, pues, anterior a Miguel de Molinos, aunque fuese precisamente éste quien contribuyera a llamar la atención de la Inquisición romana sobre tal fenómeno, en 1687. Cfr. la condena de Molinos en la Constitución *Caelestis Pastor* de Inocencio XI, de 20 de noviembre de 1687 (DS 2201-2269). Pero más interesante que la Constitución citada es, para conocer histórica y teológicamente las raíces del quietismo, la Instrucción del Santo Oficio (esquema del Cardenal Jerónimo Casanate), de octubre de 1682 (cfr DS 2181-2192).

7. Proposición 6 (DS 2186).

unión, que es gratuita [8]. El fin de la contemplación cristiana no es dejar vacía el alma, sino llenarla de Dios. Este proceso sobrenatural de vaciar y rellenar es ascético —es decir, cuenta con el esfuerzo personal del cristiano—, pero es, sobre todo y en sus etapas más altas y determinantes, una acción de Dios en el alma, que se deja modelar por los dones del Espíritu Santo [9].

2. *El acto de fe se concentra en Jesucristo: Eucaristía y oración*

«La fuerza purificadora del alma humana viene de Dios mismo» (27,7), y a Dios debe llevarnos. Así pues, por la misma fe que ha vaciado el alma, el alma busca a Dios, y lo busca en Jesucristo. «El acto de fe —enseñaba Juan Pablo II siguiendo la doctrina sanjuanista—, se concentra en Jesucristo» (27,4). Y a Jesucristo lo hallamos en la Iglesia, Esposa y Madre. Ella custodia celosamente el misterio eucarístico y lo afirma en su integridad, «como punto central y prueba de aquella auténtica renovación espiritual propuesta por el último Concilio» (5,2). Y Ella conserva también orgullosamente las venerables tradiciones apostólicas sobre la oración cristiana, de donde brota la experiencia de Dios y el encuentro con Cristo (7,5 y 6). Por tanto, en el camino hacia la santidad, la fe lleva a Cristo por la oración y la comunión eucarística [10].

a) Es obvio, que los fieles encuentran a Cristo en la Sagrada Eucaristía, Sacramento del Cuerpo y la Sangre del Señor. Por la digna comunión sacramental y también por la adoración de las Especies eucarísticas consagradas, el cristiano se introduce en la vida misma del Verbo hecho carne. La comunión establece un misterioso encuentro sacramental, no permanente; encuentro que constituye la máxima intimidad posible con Cristo en el estado de viadores. Además, por la adoración del Sacramento en el culto eucarístico se complementa la piedad eucarística, que «ha de centrarse ante todo en la celebración de la Cena del Señor, que perpetúa su amor inmolado en la Cruz. Pero que tiene una

8. Cfr. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida,* lib. 2, cap. 6, n. 1 (citamos por la edición de las *Obras completas,* a cargo de J. Vicente Rodríguez y F. Ruiz Salvador, Ed. de Espiritualidad, Madrid 1980, 2.ª ed.).

9. «En esta *noche espiritual* daremos, con el favor de Dios, modo como las potencias espirituales se vacíen y purifiquen de todo lo que no es Dios y se queden puestas en la oscuridad de estas tres virtudes, que son el medio, como habemos dicho, y disposición para la unión del alma con Dios» (*Subida,* lib. 2, cap. 6, n. 6).

10. Esta senda bimembre de la vida interior ha sido reconocida unánimemente por los maestros de la vida espiritual. Citamos un testimonio importante muy reciente: «'No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios' dijo el Señor.—¡Pan y palabra!: Hostia y oración. Si no, no vivirás vida sobrenatural» (J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino,* n. 87).

lógica prolongación (...) en la adoración a Cristo en este divino sacramento, en la visita al Santísimo, en la oración ante el sagrario, además de los otros ejercicios de devoción, personales y colectivos, privados y públicos, que habéis practicado durante siglos. Esos que el último Concilio ecuménico recomendaba vivamente y a los que repetidas veces yo mismo he exhortado» (5,4). La Eucaristía también conduce al cristiano hacia el Sacramento de la Reconciliación, hacia Cristo que perdona: «Termino alentándoos, queridos adoradores e hijos de toda España, a una *honda piedad eucarística.* Esta os acercará cada vez más al Señor. Y os pedirá el oportuno recurso a la confesión sacramental, que lleva a la Eucaristía, como la Eucaristía lleva a la confesión. ¡Cuántas veces la noche de adoración silenciosa podrá ser también el momento propicio del encuentro con el perdón sacramental de Cristo» (5,4). Asimismo, la Eucaristía, que se consagra en la Santa Misa, sitúa al fiel ante Cristo que se manifiesta virtualmente en la liturgia de la Iglesia y en las Sagradas Escrituras, que se leen y veneran en las celebraciones eucarísticas. Y también, junto al Sacramento del Altar, el cristiano toma «profunda conciencia de la estrecha relación que hay entre la vitalidad espiritual y apostólica de la Iglesia y la Sagrada Eucaristía» (5,1), es decir, le descubre presente entre los cristianos.

La presencia de Cristo, que se manifiesta en la Eucaristía o con ocasión de ella, nos permite adivinar la importancia de este Misterio para la unión del creyente con Cristo. «Se comprende por la fe que la Sagrada Eucaristía constituya el don más grande que Cristo ha ofrecido y ofrece permanentemente a su Esposa. Es la raíz y cumbre de la vida cristiana y de toda la acción de la Iglesia» (5,2).

b) Junto a la piedad eucarística, y nunca como alternativa, sino como adecuado complemento, el cristiano encuentra al Señor en la oración. La experiencia personal del Romano Pontífice es también abundante y profunda en este tema. Por ello, cuando recordaba el espíritu de oración de Santa Teresa, sus palabras resonaban como algo muy auténtico, por él mismo experimentado repetidamente. Revelaban la honda convicción que sólo puede tenerse de las cosas probadas por uno mismo y vividas en numerosas ocasiones [11]: «Por medio de la oración,

11. A este respecto es muy interesante una respuesta del escritor André Frossard a la periodista Pilar Cambra, que reproducimos íntegramente a pesar de su extensión, por su alto valor testimonial (tomado de VV. AA., *Juan Pablo II: ¡Hasta siempre España!* (Coloquios del Colegio Mayor Alcor), Epalsa, Madrid 1983, pp. 29-30): «PILAR CAMBRA: Usted, señor Frossard, ha escrito que el Sumo Pontífice no transmite más que palabras 'rezadas'... ¿Cómo ora el Papa?.—ANDRÉ FROSSARD: La oración es para Juan Pablo II un estado natural; todo él es como un bloque de oración. Nunca toma una decisión —por muy pequeña que sea— sin haber rezado antes. Cuando se planteó el caso de cierto teólogo alemán que tuvo algunas dificultades con la Santa Sede, el Papa, antes de dar su opinión, se pasó toda la noche rezando: ¡la noche entera!.—Cuando el Pontífice debe redactar un texto que le parece im-

Teresa *ha buscado y encontrado a Cristo.* Lo ha buscado en las palabras del Evangelio, que ya desde su juventud 'hacían fuerza en su corazón'; lo ha encontrado 'trayéndolo presente dentro de sí'; ha aprendido a mirarlo con amor en las imágenes del Señor, de las que era tan devota; con esta Biblia de los pobres —las imágenes— y esta Biblia del corazón —la meditación de la palabra— ha podido revivir interiormente las escenas del Evangelio y acercarse al Señor con inmensa confianza» (7,6).

De sobra son conocidas las dificultades de Santa Teresa y los engaños en que estuvo mucho tiempo, por haber sido mal instruida sobre la así llamada *vía iluminativa,* que sigue, según los tratadistas de Teología espiritual, a la vía purgativa, y precede a la vía unitiva: «No sé yo bien por qué dicen iluminativa: entiendo que de los que van aprovechando. Y avisan mucho que aparten de sí toda imaginación corpórea, y que se lleguen a contemplar en la Divinidad; porque dicen que aunque sea la Humanidad de Cristo, a los que llegan ya tan adelante, que embaraza o impide a la más perfecta contemplación (...) Como yo no tenía maestro y leía en estos libros, por donde poco a poco yo pensaba entender algo (...) procuraba desviar toda cosa corpórea (...). Había sido yo tan devota toda mi vida de Cristo (...) que duró muy poco estar en esta opinión. (...) ¿Es posible, Señor mío, que cupo en mi pensamiento, ni una hora, que Vos me habíais de impedir para mayor bien?» [12].

La confusión de Santa Teresa era muy lógica. Ella había comenzado a aficionarse a contemplar la Santísima Humanidad de Cristo durante su grave enfermedad, acaecida entre otoño de 1538 y agosto de 1539, cuando ya había tomado el hábito en el convento de La Encarnación. Durante aquellos meses un tío suyo puso en sus manos el *Tercer Abecedario* de Francisco de Osuna [13], que tanto la ayudó a meditar la Vida de Jesu-

portante, lo escribe de rodillas ante el Santísimo Sacramento. Y las palabras que pronuncia en público son también palabras *rezadas* previamente; ello da a su discurso una fuerza excepcional; los vocablos que utilizamos a diario, debilitados, cansados, cobran nuevo vigor y frescor en boca del Papa. El Santo Padre 'reza' las palabras que emplea y, cuando las pronuncia, se tiene la impresión de que no las hemos oído nunca; cuando llega a un lugar y dice: *Sia lodato Gesù Cristo,* sentimos que nada es más necesario que alabar a Jesucristo. Es la oración la que da fuerza a sus mensajes, la que equilibra e ilumina su inteligencia. Yo recomendaría, a todos aquellos que tienen la ambición de ser elocuentes y convincentes, que utilicen el mismo procedimiento: es muy fácil... consiste en ponerse de rodillas y esperar».—La autoridad y veracidad de Frossard es indiscutible: pocas personas han tenido un trato más directo y personal con el Romano Pontífice que el autor de *¡No tengáis miedo! André Frossard dialoga con Juan Pabo II* (trad. cast., Plaza y Janés, Barceona, 1982).

12. Santa Teresa de Jesús, *Libro de la vida,* cap. 22, nn. 1-3 (citamos la edición manual del P. Isidoro de San José, Ed. de Espiritualidad, Madrid 1963).

13. La edición crítica, con una introducción histórica, ha sido publicada por Melquíades Andrés (BAC, Madrid 1972). Existe una versión actualizada por Pedro Antonio Urbina, sobre el texto de Melquíades Andrés, publicada por Espasa, Madrid 1980, en tres volúmenes. El franciscano Francisco de Osuna, autor de tres *Abecedarios espirituales,* y de un cuarto que es un resumen de los tres primeros, nació en Sevilla a finales del siglo XV y murió poco después de 1540. Esta obra

cristo. Después, cuando regresó a La Encarnación, influida por otras lecturas, quizá de la mística especulativa renana, intentó por todos los medios hacer oración apartándose de todo lo corpóreo y sensible, incluso de la Humanidad de Cristo. Fue muy grande su sufrimiento durante los casi veinte años en que anduvo errada, hasta que el P. Diego de Cetina († 1567), poco antes de 1555, le mostró de nuevo que el camino de la contemplación pasa necesariamente por la Humanidad de Cristo. En tal contexto, y después de la dura prueba sufrida, deben entenderse las siguientes advertencias de la Doctora Mística: «Así que vuestra Merced, señor (se trata del P. García de Toledo), no quiera otro camino, aunque esté en la cumbre de la contemplación. Por aquí va seguro. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes. El lo enseñará. Mirando su vida es el mejor dechado» [14].

En definitiva, y como resumen de este epígrafe, subrayamos que el Santo Padre recordó a los españoles las dos únicas sendas por las que el viador puede alcanzar a Cristo: la Sagrada Eucaristía y la meditación de la vida de Cristo en la oración silenciosa. Sus enseñanzas, en comunión con la tradición unánime de los mejores maestros de la vida espiritual cristiana —«los maestros de mi vida interior» (7,2)—; hechas en él mismo vida antes que palabra y pastoral, constituyen una pauta preciosa para la renovación espiritual de la Iglesia propuesta por el último Concilio (cfr. 5,2).

3. *Jesucristo nos muestra la Trinidad Beatísima. El amor al prójimo*

Ya al comienzo hemos citado un pasaje luminoso del Santo Padre, en el cual se establece una relación transitiva de la contemplación de la Humanidad Santísima de Cristo a la Santísima Trinidad: «Desde el

tuvo una influencia decisiva sobre la trayectoria espiritual de la Santa, enseñándole la oración de recogimiento y a tratar a Cristo: «Procuraba —después de su lectura— lo más que podía traer a Jesucristo, nuestro Bien y Señor, dentro de mí presente, y ésta era mi manera de oración» (*Libro de la vida,* cap. 4, n. 7).

14. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida,* cap. 22, n. 7. Expresiones parecidas podemos encontrar en los maestros de la vida espiritual. He aquí uno a modo de ejemplo: «Cuando se ama a una persona se desean saber hasta los más mínimos detalles de su existencia, de su carácter, para así identificarse con ella. Por eso hemos de meditar la historia de Cristo, desde su nacimiento en un pesebre, hasta su muerte y resurrección. En los primeros años de mi labor sacerdotal, solía regalar ejemplares del Evangelio o libros donde se narraba la vida de Jesús. Porque hace falta que la conozcamos bien, que la tengamos toda entera en la cabeza y en el corazón, de modo que, en cualquier momento, sin necesidad de ningún libro, cerrando los ojos, podemos contemplarla como en una película; de forma que, en las diversas situaciones de nuestra conducta, acudan a la memoria las palabras y los hechos del Señor» (J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa. Homilías,* Rialp, Madrid 1976, 13.ª ed., n. 107).

misterio de la Humanidad sacratísima, que es puerta, camino y luz, ha llegado (Santa Teresa) hasta el misterio de la Santísima Trinidad» (7,6). Es la culminación de un proceso que ha sido conocido y descrito por los autores espirituales: «Todo el misterio de Cristo viene a parar en definitiva, por la Encarnación y la Redención, a la Comunión (Eucarística). De las alturas de la Trinidad, el Verbo encarnado desciende al hombre en la Eucaristía, a fin de que por la Comunión suba el hombre a su último fin, la adorable Trinidad» [15].

Juan Pablo II tiene a la vista, cuando muestra el itinerario sobrenatural del cristiano hasta la altura del misterio de Dios, un texto de *Las Moradas:* «Aquí (es decir, en la VII Morada) es de otra manera. Quiere ya nuestro buen Dios quitarla las escamas de los ojos, y que vea y entienda algo de la merced que le hace, aunque es por una manera extraña; y metida en aquella morada por visión intelectual, por cierta manera de representación de la verdad, se le muestra la Santísima Trinidad, todas tres Personas, con una inflamación que primero viene a su espíritu, a manera de una nube de grandísima claridad, y estas Personas distintas, y por una noticia admirable que se da al alma, entiende con grandísima verdad ser todas Tres Personas una substancia y un poder, y un saber y un solo Dios. De manera que lo que tenemos por la fe, allí lo entiende el alma, podemos decir, por la vista, aunque no es vista con los ojos del cuerpo ni del alma, porque no es visión imaginaria. Aquí se le comunican todas Tres Personas, y le hablan, y le dan a entender aquellas palabras del Evangelio que dijo el Señor: que vendría El y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma, que le ama y guarda sus mandamientos (Ioan. 14,28)» [16].

Fray Luis de León interpretó el anterior texto, al anotar la edición príncipe, en el sentido de que Santa Teresa había sido favorecida con una gracia singular [17]. Parece que también San Juan de la Cruz habría

15. M. V. BERNADOT, *De la Eucaristía a la Trinidad,* trad. cast., Epalsa, Madrid 1983, p. 17.

16. *Castillo Interior o Las Moradas,* VII, cap. 1, n. 6.

17. Fray Luis de León puso a este pasaje la siguiente nota (edición de Salamanca, que él mismo preparó, de 1588): «Aunque el hombre en esta vida, perdiendo el uso de los sentidos, y elevado por Dios, puede ver de paso su esencia, como probablemente se dice de San Pablo y de Moysén y de otros algunos, mas no habla aquí la Madre desta manera de visión; que aunque es de passo, es clara y intuitiva, sino habla de un conocimiento deste mysterio que da Dios a algunas almas, por medio de una luz grandísima que les infunde; y no sin alguna especie criada. Mas porque esta especie no es corporal, ni que se figura en la imaginación, por esso la Madre dize que esta visión es intelectual y no imaginaria». Está claro que Fray Luis de León aludía a un problema muy complejo que tiene planteado la Teología de la Gracia, que podríamos resumir, con palabras de Ocáriz, en los siguientes términos: «Santo Tomás (...) es constante en afirmar que la gracia tiene por objeto, semejanza y origen a las Tres Personas divinas. Ante esta afirmación clásica, se plantea el tema de si, en el contexto de lo sobrenatural, la expresión *Tres Personas* se refiere a las Personas divinas en cuanto Dios Uno (Ser Supremo, Bondad suprema...) o, por el contrario, a Dios Uno en cuanto subsiste en Tres Personas realmente distintas»

gozado de tan extraordinario don [18]. Pero Juan Pablo II no pretendía obviamente referirse a gracia tan fuera de lo corriente, cuando proponía a los fieles españoles la vía cristológica hacia el corazón de la Santísima Trinidad, como camino ordinario de la gracia. Aludía, ciertamente, a uno de los momentos más altos de la contemplación, pero no a un conocimiento del Misterio trinitario concedido sólo a algunas almas egregias. Este salto a la Trinidad a través de la Humanidad Sacratísima de Cristo constituye un estadio de la vida interior bien conocido por los maestros de vida espiritual y descrito con precisión. Así por ejemplo: «Habíamos empezado con plegarias vocales, sencillas, encantadoras, que aprendimos en nuestra niñez, y que no nos gustaría abandonar nunca. La oración, que comenzó con esa ingenuidad pueril, se desarrolla ahora en cauce ancho, manso, seguro, porque sigue el paso de la amistad con Aquel que afirmó: *Yo soy el Camino.* Si amamos a Cristo así, si con divino atrevimiento nos refugiamos en la abertura que la lanza dejó en su costado, se cumplirá la promesa del Maestro: *cualquiera que me ama, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él.*/ El corazón necesita, entonces, distinguir y adorar a cada una de las Personas divinas. De algún modo, es un descubrimiento, el que realiza el alma en la vida sobrenatural, como los de una criaturica que va abriendo los ojos a la existencia. Y se entretiene amorosamente con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo; y se somete fácilmente a la actividad del Paráclito vivificador, que se nos entrega sin merecerlo: ¡los dones y las virtudes sobrenaturales! (...) No me refiero a situaciones extraordinarias. Son, pueden muy bien ser, fenómenos ordinarios de nuestra alma: una locura de amor que, sin espectáculo, sin extravagancias, nos enseña a sufrir y a vivir, porque Dios nos concede la Sabiduría. (...) Eso es ya contemplación y es unión; ésta ha de ser la vida de muchos cristianos (...)» [19].

Y paradójicamente, cuando el alma ha alcanzado la contemplación infusa de la Santísima Trinidad, culminando un proceso ordinario de la

(cfr. Fernando OCÁRIZ, *Hijos de Dios en Cristo,* Eunsa, Pamplona 1972, p. 83). Fray Luis de León interpreta esta cuestión de la siguiente manera: caben las dos formas de contemplar místicamente la esencia divina. San Pablo y Moisés habrían llegado a la contemplación, por medio de especie creada, de la esencia divina en cuanto una; Santa Teresa habría gozado de una gracia sobrenatural más alta: contemplar, también por especie creada, la esencia divina que subsiste en Tres Personas,

18. Alude a una luz actual (no habitual), distinta del *lumen gloriae,* que es una ilustración que Dios comunica al alma durante un tiempo corto, para que por ella conozca más claramente que por la fe, pero más oscuramente que en la visión, ciertos misterios sobrenaturales. Cfr. *Connaissance de Dieu et union d'amour (Traité attribué à Saint Jean de la Croix),* cap. 1, nn. 3-4 (ed. del P. Théodore de Saint Joseph, 2-3). Esta obra, que ciertamente pertenece a los círculos sanjuanistas y responde al pensamiento del Doctor Místico, es de difícil consulta. Sólo he podido ver una edición francesa.

19. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios. Homilías,* Rialp, Madrid 1978, 4.ª ed., nn. 306-308.

gracia, reservado en principio a todos los cristianos, entonces se encuentra en las mejores condiciones para vivir el segundo mandamiento del amor. Así lo expresaba el Santo Padre, refiriendo la experiencia espiritual de Santa Teresa: «Y desde la altura del misterio de Dios ha comprendido el valor del hombre, su dignidad, su vocación de infinito» (7,6). Queda claro, pues, que las cumbres de la contemplación no dificultan, sino todo lo contrario, el aprecio del hombre y de los valores de la técnica, las artes y las ciencias. Precisamente desde las alturas de Dios, el creyente está más capacitado para comprender el profundo misterio del hombre y de sus realizaciones. También la Historia adquiere una perspectiva nueva y mucho más luminosa. «Santa Teresa —continuaba el Papa su catequesis— tiene una enseñanza muy explícita sobre el inmenso valor del hombre: '¡Oh Jesús mío!, cuán grande es el amor que tenéis a los hijos de los hombres, que el mejor servicio que se os puede hacer es dejaros a Vos por su amor y ganancia, y entonces sois poseído más enteramente... Quien no amare al prójimo, no os ama, Señor mío; pues con tanta sangre vemos mostrado el amor tan grande que tenéis a los hijos de Adán'» (7,8). Así se manifiesta que el amor a Dios y al prójimo están anudados en sólo amor, y que la manifestación concreta del amor al prójimo es la señal más cierta de que amamos a Dios. Es el tema de la fe con obras (cfr. Sant. 2,14ss.), recuperado ahora en su más exacta dimensión, sin riesgo de que se desvirtúe el mandamiento del amor, tal como lo formula el Apóstol San Juan: «Si alguno dijere: Amo a Dios, pero aborrece a su hermano, miente. Pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve» (I Ioan. 4,20).

* * *

Juan Pablo II dijo en Segovia, hablando de San Juan de la Cruz, que «si la Iglesia lo venera como Doctor místico es porque reconoce en él al gran maestro de la verdad viva acerca de Dios y del hombre» (27,9). Debemos retener, ya al fin de nuestro comentario, esta fórmula magistral: *La verdad viva acerca de Dios y del hombre.* Porque esta es la tarea que tiene la Iglesia por delante en nuestra tierra: proclamar, como el maestro carmelitano, no una verdad seca y abstracta, distante y lejana, descomprometida, marginal al hombre de carne y hueso, sino una verdad que es, valga la expresión redundante, verdadera verdad y, por tanto, *viva,* es decir, directa, interpelante, comprometedora; o, lo que es lo mismo, verdad acerca de Dios y del hombre, que se encuentran en libertad, como dijo allí mismo el Papa: «la verdadera libertad del hombre es la comunión con Dios» (27,9).

Este es el horizonte que no pueden perder los católicos españoles —que muchos deben recuperar— si quieren seguir fielmente el programa que Juan Pablo II les ha propuesto. Se trata ciertamente de que la

fe se haga cultura, informe la familia, reforme la sociedad, transforme la vida pública, en definitiva, llene España de la libertad de los hijos de Dios. Pero sólo pueden realizar esa tarea hombres y mujeres que encuentren y recuperen a diario, en lo más profundo de su espíritu, la comunión con Dios, en la que, al decir del Papa, está la verdadera libertad. En este recóndito horizonte de la relación personal del hombre con Dios, que se cimenta en la fe, está la fecundidad del futuro que Juan Pablo II nos auguraba. Y desde ahí, una acción que se llena de amor a los hermanos y a la tierra toda, haciendo eco al «abrazo cósmico» de Juan de la Cruz, recordado por el Papa (27,10): «No me quitarás, Dios mío, lo que una vez me diste en tu único Hijo Jesucristo, en quien me diste todo lo que quiero... Míos son los cielos y mía es la tierra; mías son las gentes; los justos son míos, y míos los pecadores; los ángeles son míos, y la Madre de Dios, y todas las cosas son mías, y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí» [20].

Sólo si la comunidad cristiana es «experta en divinidad» podrá serlo en humanidad. Por eso, la renovación de la Iglesia y de cada cristiano en nuestra tierra pasa, según Juan Pablo II, por la vía cristológica, el único camino, que se anda por la oración y la Eucaristía.

J. I. Saranyana
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

20. *Oración del alma enamorada*